

WALDEMAR SARMIENTO

SERES DE LA ANONIMIA

Ediciones Sansenet
Publicaciones Digitales

Sansenet
Red Inalámbrica de San Sebastián
Estado Aragua

The background of the page features a stylized globe with a network of white lines overlaid on it, representing a digital or internet network. The globe is rendered in a light, semi-transparent style.

SansenNET

www.sansenet.net

TÍTULO: SERES DE LA ANONIMIA

AUTOR: Waldemar Sarmiento

Ediciones Sansenet
Publicaciones Digitales

SERIE: Sanse Digital
Sansenet
Red Inalámbrica de San Sebastián de los Reyes
Estado Aragua
Venezuela Octubre 2008
www.sansenet.net

MEDIO VIEJO

Estarás de acuerdo conmigo, amigo lector, que bien mirado, si nos atenemos a la lógica, Medioviejo debería ser el nombre propio de nuestro singular personaje, y Severiano, entonces, el sobrenombre. Esta lógica tendría su base en una suerte de ley del uso, según la cual un vocablo termina por imponerse, por impropio que sea, en razón de la fuerza que dimana del uso generalizado en los hablantes. En el mismo caso estarían muchos otros coterráneos; basta citar a "Cachete", El Negro Columbero" y "El Manco Siete" cuya real identidad, para precisarla, pondría a más de uno en apuros y en exhaustivas diligencias, porque de golpe y porrazo, cualquiera no va a conocer sus verdaderos nombres. Con lo dicho no pretendo afirmar que a Medioviejo le agradara o le dejara indiferente su ovejuno apodo, por lo que nosotros, los que le rodeábamos, para evitar el riesgo de una reacción áspera de su parte - cosa nada rara-, edulcorábamos el mote, llamándolo "Medio", como mecanismo para llamarlo Medioviejo, sin llamarlo.

En el bar de Mario y Nicolás nos reuníamos, desde el estudiante de conocida inopia, como yo, hasta el mozalbete como "Suelespuma" que traía desde Caracas buena plata en las alforjas que compartía con no pocos a manera de brindis.

Días de navidad, con "Linda", acabada de "salir del horno" disquero, sonando sin cesar en la rokola, y "Nathaly" que conmovía nuestras fibras rusófilas. Allí pasábamos largas jornadas "jodiendo el parque" ante la presencia indiferente de estos "musiús" que nos permitían cualquier diablura, hasta la de robarles los sánduches y confituras, cuya vigilancia nunca les preocupó mayormente. Y entonces llegaba "Medio"; su presencia nos atraía como un imán; de seguidas nos congregábamos a su alrededor, unos de pie, otros, sentados en sillas, gaveras, etc., conformándose un numeroso auditorio ávido de oírlo una vez más. "Medio, echa el del perro que te mordió"; "Medio, cuéntanos cuando te encaraste con el Musiú en Tácata"; y en medio de un silencio conventual, iniciaba su ronda de cuentos con el mejor talante, porque eso sí: para "echar cuentos" nunca estaba de mal humor. A cada momento estallaba un borbotón de carcajadas, como reacción a una palabra, una frase, un gesto, un dicho, envueltos en el más puro gracejo popular.

Cosa común, y de ahí su bien ganada fama de atrabiliario, de querrequerre, era el uso de palabras gruesas o groserías, sobre todo después de un gran esfuerzo para cazar una iguana y constatar decepcionado, que era macho, o cuando jugando una bola, le caía ésta sobre una piedra o una raíz;

entonces le brotaba una andanada de palabrotas y simultáneamente decapitaba al pobre animal. También es cierto que ofender a las demás personas con "malas palabras" no era común en "Medio" ni en los demás hombres; en esos tiempos las controversias se dirimían con los puños y las armas, nunca con palabrotas como ahora.

Tampoco en situaciones de amor tarifado se mostraba soez "Medio"; en una ocasión se encontró con cierta meretriz muy afamada por su competente oficio de alcoba para cumplir con eficiencia y a plena satisfacción del cliente de turno -buena cama, pues-, considerando buena la oportunidad, "Medio" le soltó este primor de piropo. "Mira, chica, yo tengo que hablar contigo, a mí me han dicho que tú eres una desconfianza por la cola", la mujer, a pesar de la ordinariez del requiebro, pero halagada al fin y al cabo, sólo le respondió: "Ay, este "Medio" tiene unas cosas..." Así era su lenguaje, tosco por la carencia de escolaridad, pero pletórico de metáforas, símiles y otros recursos del habla, siempre revestidos del más hondo colorido local.

"Medio" no dejó descendencia, no por falta de actividad erótica, sino porque sus encuentros amorosos eran fugaces, efímeros, ocasionales, sin el tiempo debido para fructificar en

la hembra; la razón no es difícil de precisar: qué mujer, por muy masoquista, iba a perdurar en una relación estable con semejante cascarrabias.

Muchos, muchos recuerdos se quedaron en el tintero, pero en la esperanza de que se cumpla aquello de "lo bueno, si breve, dos veces bueno" dejémoslo hasta aquí.

Sirvan estas notas como homenaje póstumo -y bien póstumo- al viejo amigo, que con su humor cerril alegró muchas horas de nuestra adolescencia.

ELEAZAR: “VIRGO ‘E LOCO”

Caminando las calles ardidadas por el sol de la canícula, o cobijado bajo un alero, huyéndole a los aguaceros diluvianos frecuentes en el San Sebastián de mediados del siglo pasado, era común encontrar a Eleazar, rebautizado por algún anónimo talento del apodo popular, como “Virgo ‘e Loco”.

Pone uno a trabajar los sesos a todo vapor para averiguar la relación entre esa membrana femenina cuya existencia –o inexistencia – ha sido objeto durante siglos, y en todas las culturas, de los mayores estudios, análisis, etc., y una persona de sexo masculino, hay que destacarlo, de no muy garantizada salud mental.

Sería un enorme hallazgo, llegar a saber quién fue el autor de tan enigmático cognomento y qué quiso significar con esa frase tan preñada de erotismo. Como decíamos, afrontando valientemente las inclemencias del tiempo, veíamos u oíamos a Eleazar voceando sus hallacas: “Hallaaaacas, con bastante carne adentro y aceitunas y alcaparras y pimentón y tomate y ajo y comino y cebolla y pasas y manteca...” Así continuaba detallando minuciosamente cada componente de las hallacas

que llevaba, como artificio publicitario para incrementar la venta del criollo manjar.

“Virgo ‘e Loco”, a la sazón, era un zagaletón entre los dieciséis y dieciocho años, de panza demasiado abultada para su edad y condición social, lo que nos permite atribuírselo, más que a la comida opípara, a uno de los males del pobre de entonces: las lombrices.

Presentaba cierto grado de estrabismo, afortunadamente leve; porque de haber sido acentuado, a su ofensivo sobrenombre le hubieran agregado el de “Tuerto” o “Birengo”.

En su atavío destacaban las alpargatas de goma y pantalones de dril del más barato, por supuesto, y por cinturón, un mecatillo amarrado a la cintura por ambos extremos.

Pero si físicamente no poseía rasgos especialísimos que lo singularizaran, en el área psicológica, sí; expresaba algún desorden mental, que si bien no era acentuado, se exacerbaba cuando le “echaban vaina”, que era a cada momento y a cada paso. Este “desorden” a veces se desbordaba, como cuando hizo correr con una lluvia de piedras, a maestros y alumnos que, asistían al primer parque

infantil instalado en San Sebastián, situado frente a la casa de "Mastro Teo", diagonal a la sede actual de la Alcaldía.

Siempre, desde niños, una irrefrenable curiosidad por estas personas mentalmente insanas, nos ha impulsado a acercarnos a ellas para hurgar en su mundo, su conducta, su modo de ver las cosas, etc.. A Eleazar "nos le metíamos por debajito", como corresponde al tratar con alguien con fama y comportamiento de loco y de armas tomar, o mejor dicho: de piedras tomar; éstas las lanzaba con pasmosa puntería, mientras simultáneamente con destreza de equilibrista de circo y gracia de balet, sostenía con la mano izquierda el platón de hallacas, evitando la caída de alguna. Pero no bastaba con el extremado tacto puesto para acercárnosle: la presa era, con sobrada razón, muy desconfiada, sobre todo si quien trataba de seducirla era un muchacho de la misma casta de los "jodedores" que le salían a cada trecho, con los que tenía que lidiar, a la vez que velar por el cuidado de las hallacas; nos veía de arriba abajo, de reajo, como sopesando nuestra intención; preguntándose qué queríamos en definitiva: si comprarle hallacas o "echarle vaina". En vista de su resistencia, esgrimíamos la herramienta más eficaz que se conoce para doblegar voluntades: el soborno: Un pedacito de pan, de conserva, de bizcocho, que le ofrecíamos cuando la

ocasión lo permitía, nos abrió las puertas, si no de su amistad, lo cual era mucho pedir, sí de diálogos frecuentes y de considerable duración que fluían con naturalidad, en sana paz y sin tensión alguna; aunque a veces se iba todo al diablo; como cuando estábamos cerca de la bodega de Pablo Sánchez, por ejemplo, y ya Eleazar había recibido el pago del soborno – un pedazo de catalina, – cuando de pronto resonó una voz fingidamente grave, pretendiendo ser de ultratumba, que nos llegaba rebotando en las paredes de la estrecha calle: “esas hallacas son de bicho muerto”. Recibido el reto para una de las escaramuzas del día, Eleazar la emprendió contra el inoportuno, se llevó la catalina y me dejó plantado.

Una de las cosas más relevantes de cada encuentro, era que lo hacíamos recitar los componentes de las hallacas, y como siempre omitiera alguno, por ser tan prolija la lista, le sugeríamos que lo incorporara, y él, dócilmente, tomaba como bueno el consejo. De modo que a la final, casi sin cabos sueltos, soltaba a los cuatro vientos: “Hallaaaaacas, a real, con bastante carne adentro y onoto y sal y vinagre y ... y amarradas con pabilo y “envolvías” en hojas de topocho y con una cosa que ponen las gallinas, pero que no digo porque es una grosería y “jechas” por María López”.

¿Cómo se explica que alguien, con las anomalías síquicas de Eleazar, sin formación escolar, sin ninguna luz académica, o dicho sin ambages, analfabeto, tuviera capacidad para esa proeza del intelecto? Este fenómeno no es único; la siquiatria posee muchísimos casos similares; pero no nos corresponde a nosotros adentrarnos en tan intrincado campo.

EL MANCO DE LOS DAVISES

Hoy hay marrrrrano gorrrrrdo en la “pesa” del señor Carmelo Rodríguez. Si usted quiere comprar marrrrrano fresco y bien gorrrrrdo, a “cuatro y medio” el kilo, visite hoy, bien temprano, “la pesa” del señor Carmelo Rodríguez y lleve su marrrrrano antes de que se acabe.

Palabras más, palabras menos, éste era el mensaje de la pieza publicitaria que “El Manco de los Davises”, a viva voz – y a pura caminata – , echaba al aire por calles y barriadas de San Sebastián, cuando periódicamente Carmelo Rodríguez lo contrataba como emisora itinerante para anunciar la venta del sabroso porcino, en su carnicería situada donde hoy está la Cooperativa.

Era un mensaje donde la letra “RR” sonaba con contundencia de metrallera, estridente como un martillo eléctrico; porque este “Manco” pronunciaba dicha consonante con una dicción tan nítida, tan pura, que ya quisieran para si locutores, actores de cine y teatro y otros profesionales que tienen la voz como instrumento de trabajo.

Es lógico inferir que la cosa funcionaba económicamente satisfactoria para Carmelo, si observamos la frecuencia con que contrataba a aquel pregón andariego, el cual, en justicia, habrá que mencionar, cuando algún día se hable de los pioneros de la publicidad comercial en San Sebastián.

Achaparrado, la tez oscura, más por los muchos soles tropicales soportados, que por condición natural de su piel; mostraba “El Manco de los Davises” una mano y un pie contrahechos o semiparalizados, anormalidades que no eran “de nación”, sino secuelas de una “alferecía de lombrices”. Estos parásitos, hoy día casi inverosímiles, en aquellos tiempos pululaban dando lugar a enfermedades endémicas y a un país de lombricientos.

Huérfano muy niño, fue acogido por los David de entonces – Flora, César, etc. – , de ahí su identificación para distinguirlo de otros coterráneos con similares problemas físicos, como “El Manco de los Muletos”, “El Manco de los Botardos” “El Manco de los Rangeles”, etc. En ese hogar creció y se hizo adulto con los signos encima de la mayor pobreza: siempre descalzo, nunca supo de alpargatas, siquiera; y en una nalga o una pierna del pantalón, llevaba el infamante logotipo “Gold Medal” que se convertía de marca de harina de trigo en señal

de indignancia extrema. En las horas de la mañana, camino de la escuela, nos cruzábamos con él, que ya había iniciado su labor de “gritar la carne”, expresión usada por los sansebastianeros para denominar aquel rústico aviso comercial. Pronto llegaría a un bar para echarse el primer “palo” del día, puesto que “El Manco de los Davises” era ferviente devoto del dios Baco, al cual rendía culto casi a diario y más exactamente cada vez que el bolsillo se lo permitía. Paralela a la jornada laboral, correría la jornada etílica, proclamada a los cuatro vientos, por la inconfundible tufarada del alcohol barato dejada a su paso.

Por supuesto, un “palito” en el Bar de Delfín López, otro en “La Estrella”, de Ángel Manuel David, otro en “Casablanca”, etc., hasta culminar su periplo por todo el poblado, no podía tener otro final: en aquel pugilato etílico, la caña clara había vencido una vez más: “El Manco” yacía en brazos de Morfeo, a la sombra de un alero, de un árbol, o a cielo abierto a la vera de un camino. Si alguien, por descuido, desconocimiento o “jodedera” – esto último, lo más probable –, osaba interrumpir su sueño, debía prepararse para recibir una andanada de improperios y procacidades que, por su irritada impotencia, soltaba “El Manco” quizás como mecanismo de compensación por sus limitaciones físicas. Al agotar el arsenal

de denuestos y palabrotas del habla popular dirigidas al provocador, lanzaba un suspiro profundo para rematar el desahogo y, con la "rasca" aún entera retomaba el sueño suspendido. Muchas veces Carmelo no tenía trabajo para "El Manco", y éste, impelido por la avidez para lubricar el gaznate, recurría a otros menesteres que, aunque menos asépticos, lo proveían de fondos para otras libaciones.

Así, por ejemplo: a principios de la década de los años cincuenta del pasado siglo, se produjo en el país una epidemia de hidrofobia, a la que el pueblo, con mucho acierto, llamó malderrabia; los perros eran los principales portadores y transmisores de la enfermedad, y como eran "tiempos de bárbaras naciones" según el poeta, el gobierno, para atacar el mal, adoptó el método más sencillo y barato; pero a la vez el más cruel; se envenenaba a los perros: sanos y enfermos, de pobres y de gente acomodada; por lo que el método, para ser justos, se podría calificar de democrático; y el refrán: "muerto el perro se acabó la rabia", nunca fue más acertado.

Esta brillante oportunidad no podía ser desdeñada por el diligente "Manco", por lo que asume la poco feliz, pero remunerativa tarea de botar los perros muertos, de ahí que se le viera manejando una carretilla con su carga canina para

vaciarla en El Clavellino, sector despoblado situado detrás de la actual casa de "Musiú Darío", con lo cual nuestro personaje se convierte en un meritorio antecesor del moderno Aseo Urbano del Municipio.

BALBINO

Un día cualquiera de la década de los años cincuenta, San Sebastián se vio con un nuevo habitante; había llegado de Gallegos – sector rural situado al noroeste del pueblo – formando parte de aquellas migraciones indetenibles que a la postre dejaron despoblados los campos cercanos, y en cambio incrementaron y acentuaron los males y miserias de los centros urbanos. Era un hombre con apariencia de sexagenario, acaso más joven, pero maltratado por los rigores del campo. De andar lento – las pocas veces que se desplazaba de un sitio a otro, habitualmente estaba cubierto por una chaqueta o saco, que al sufrir los embates del prolongado uso, sustituía por uno “nuevo” proporcionado por la caridad de manos, para nosotros, anónimas.

Balbino, así a secas, -nunca se le conoció apellido-, era asiduo visitante de “la plaza de arriba”, cuyas aceras y esquinas circundantes le servían de asiento para la práctica de su singular actividad -o inactividad depende como se le mire-.

De rostro siempre barbado, llegaba en silencio, y con sólo éste de compañía, tomaba asiento en el duro piso de la acera; cerraba los ojos, y momentos después daba inicio a una

extraña escena consistente en alzar violentamente el brazo derecho hacia arriba, con el índice apuntando al cielo y moviendo aquel en forma rotatoria, a la manera de un tirabuzón; como si quisiera taladrar el aire; como si increpara a una divinidad; tales movimientos eran bruscos y a intervalos entre uno y otro; después de esta especie de comunicación gestual con alguien invisible, dejaba caer el brazo lentamente, tornando a su meditabundo e inmóvil estado de éxtasis.

“La Esquina de Don Antonio” era lugar seguro para encontrarlo a diario, siempre en su pose filosófica; entonces, acicateados por la curiosidad infantil, buscando asomarnos a los recovecos mentales de aquel silencioso anciano, nos acercábamos a él, y sin ningún preámbulo le soltábamos la pregunta de siempre: “Balbino, ¿qué haces?”

Haciendo un alto en sus incesantes cavilaciones, sin abrir del todo los ojos, como si lo hiriese la luz del día, nos respondía: “Igualando, vale” y acompañaba la respuesta con una risa cavernosa, de tono grave, que nos dejaba perplejos; por ello insistíamos: ¿Pero igualando qué? Ante nuestra terquedad, adoptando un aire doctoral, se explayaba:

“Estoy igualando cuando el General Páez, con diez mil soldados, se enfrentó a Crespo en las sabanas de San Carlos, en mil ochocientos veinte, después que lo derrotó, se trasladó en un día a Barcelona para proseguir su marcha a Coro y en la salida se encontró con el ejército enemigo que dejó abandonado todo el armamento...” Si uno intentaba atajarlo en su incoherente perorata bélica, se mostraba imperturbable y continuaba su deshilvanado discurso compuesto por una mezcolanza inconexa de fechas, lugares y personajes de los hechos guerreros nacionales del siglo XIX, hasta apagar gradualmente su voz, para sumirse de nuevo en su frenesí “igualador”. Pero las cosas no siempre discurrían en esta atmósfera apacible; sin ninguna señal que nos pusiera sobreaviso, la mansedumbre de Balbino se rebelaba un día cualquiera; de modo que al hallarse en pleno trance y formularle uno la consabida pregunta: Balbino ¿qué haces? Despertaba sobresaltado, y de muy malas pulgas exclamaba: “¡Carajo! No ve que estoy “igualando” cuando Cipriano Castro pasó por San Mateo con su ejército y en el sitio de El Guayabo tuvo un encuentro con el General Pablo Morillo, esto sucedió en el mil ochocientos cuarenta y en esta revolución murió Morillo, su ejército huyó hacia Valencia...” Amedrentados por tal mal talante, ya nos disponíamos a dejar solo el escenario, cuando he aquí que sorpresivamente, Balbino suspendía su

épico relato y en neto contraste con su inicial actitud, se dibujaba en su rostro la sonrisa más angelical que hasta ahora hayamos conocido, a ello contribuía el hecho de que nuestro personaje careciera totalmente de dientes, lo cual acentuaba su aspecto de niño.

De similar manera se conducía Balbino con todo el que perturbara su paranoia "igualadora"; con lo que cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿No sería que estos cambios bruscos de carácter, estas risas inesperadas constituían un arma para burlarse del entorno social que lo tenía por loco? En todo caso, dejo consignado aquí que Balbino poseía ciertas letras - a lo mejor limitadas al tema bélico nacional; sobre otros tópicos, nunca "igualaba" - ello es así si se considera que una de las presuntas causas de su demencia era la mucha lectura, la otra, seguramente, el escaso yantar, la mísera pitanza.

Vistas las cosas así, no parece un sacrilegio encontrar cierta similitud entre Balbino y el Quijote, la diferencia estaría en que mientras éste salía por el mundo a realizar hazañas para enderezarlo, aquél, pasivamente, "igualaba" las hazañas de nuestra turbulenta historia patria.

Y murió sin que nadie le arrancara siquiera una idea, una pista que develara el significado de su pertinaz "igualadera".

SanseNET

www.sansenet.net

